



CRUZANDO EL LIMITE

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

Fotografías: *Línea mortal*, dirigida por Joel Schumacher

Los estudios sobre las personas que han regresado de la muerte, han llevado a muchos científicos y estudiosos a elaborar teorías sobre lo que ocurre en ese preciso momento en que se separan el alma y el cuerpo. Hay libros, tratados, documentales y material diverso donde, personas que han regresado de ese inicio de viaje, que parece irreversible, cuentan lo que han notado, lo que han visto y como se han sentido en ese instante que se han visto fuera de su cuerpo. Algo parecido quieren hacer los cinco protagonistas de **Línea mortal** (*Flatliners*, Joel Schumacher; 1990), unos estudiantes de medicina que quieren saber de propia mano lo que ocurre cuando el cuerpo de una persona llega a la muerte física, es decir se vuelve plana la línea del encefalograma, y posteriormente son devueltos a la vida por métodos médicos de reanimación. Todo realizado, además de por interés científico, por un cuestionable interés personal de ver quién es el que permanece más muerto, como si estuvieran jugando en una piscina a aguantar la respiración bajo el agua, pero con peores consecuencias si se traspasan ciertos límites.

Sus experimentos quieren ser una respuesta a lo que ocurre cuando se vuelve del otro lado, por ello lo que empieza como un juego, medio en broma, medio en serio, se les va escapando



de las manos, llegando a descontrolarse de tal manera que en algunos momentos sus vidas corren verdadero peligro. En esta ocasión sus cuerpos son los conejillos de indias que, a modo de probeta de laboratorio, calientan, enfrían, inyectan, usan

respiradores, desfibriladores y electrodos para conducirles hacia un estado en el que, algunos de ellos, quieren batir el record de permanecer “dormido”, lo que provoca más de un susto, con momentos de auténtica tensión y enfrentamientos entre el grupo de amigos, pues no siempre es muy recomendable sobrepasar los límites de lo permitido.

Casi toda la acción se desarrolla de noche y/o en lugares oscuros, con colores bastante fríos, lo que crea una atmósfera de opresión al espectador, sobre todo el lugar elegido para los viajes con retorno, un edificio en obras del campus universitario que, con gigantescas estatuas que semejan figuras de ángeles o iconos religiosos y unas vidrieras que dejan pasar una luz tenue y poco definida, envuelven a todos los protagonistas, los útiles médicos y los aparatos eléctricos en una sensación rara, como si estuvieran en cualquier garaje jugando a la güija, sin pensar que, en realidad, cualquiera de ellos podría emprender un viaje de ida sin retorno.

De los cinco estudiantes, cuatro pasan por esas experiencias tan traumáticas, y una vez resucitados sus vidas no tienen el sentido anterior. Oscuros secretos del pasado de cada uno comienzan a aflorar en sus mentes, llevándoles a situaciones límite que no pueden controlar como ellos quisieran. De esta manera, conocemos el pasado de cada uno de ellos, sus errores, sus pecados, sus vicios o sus deseos ocultos, creando así una comunión con el espectador que, a veces, no sabemos si lo que vemos es lo que ocurrió en el pasado o lo que está ocurriendo en ese momento. Llevando a los protagonistas a situaciones extremas, que ocultan a los compañeros, para intentar resolverlas por ellos mismos. En todos los casos descubrimos las personalidades más ocultas de Nelson (Kiefer Sutherland), Rachel (Julia Roberts), David (Kevin Bacon), Joe (William Baldwin) y Randy (Oliver Platt), sabremos de qué manera afrontan las diferentes situaciones en que se ven inmersos y con qué carácter quieren imponer a los demás su criterio o aceptan ser los segundones en esta experiencia en la que se han visto involucrados todos ellos.

Además de contener la alternativa moral de si se puede jugar con la muerte, por la historia sobrevuela la eterna pregunta de quién será la primera persona que pueda hacer reversible ese trance final del ser humano. El director, con la base de los diálogos muy buenos y realistas de Peter Filardi, nos plantea las dudas que todos podemos tener sobre estos asuntos, puestos en la boca de los intérpretes, que tuvieron que aprender muchos términos médicos, además de instruirse en el manejo de todo el material hospitalario y conocer el lenguaje técnico de esos profesionales. De esa manera, tanto al espectador profesional sanitario como a los profanos en el tema, no les resulta difícil seguir la película sin estar pendientes de mucha jerga médica.

El elenco de jóvenes intérpretes, que están bien en sus correspondientes papeles, todos ellos continuaron con sus

respectivas carreras, alguno con más notoriedad que otros, como es el caso de Julia Roberts (su cuarta película, hecha el mismo año que la mítica *Pretty Woman* (Garry Marshall, 1990), o Kevin Bacon (el más veterano de todos, pero con apariencia muy juvenil). Los restantes, aunque también conocidos, no han destacado tanto, a mi entender, en el cine. Kiefer Sutherland (hijo del famoso Donald Sutherland) antes de este título ya había cogido experiencia en el cine y la televisión; William Baldwin (su tercer trabajo para la gran pantalla), proporciona el toque más pícaro del grupo, lo que le granjea más de un problema; y Oliver Platt (su cuarta película), es el Pepito Grillo de los amigos, es el único que no ha realizado el viaje, dedicándose a documentar, lo más fiablemente posible, sobre todo lo que ocurre en los experimentos.

Intensa película que ahonda en el tema de los posibles experimentos con la muerte y la ciencia, que plantea el dilema de, si realizar esas prácticas es jugar con la naturaleza o, por el contrario es abrir un camino a vencer el miedo ancestral que tiene el ser humano a ese momento que nadie quiere sufrir pero, al que todos debemos llegar. Que permite al espectador ponerse en un lado o en otro de la discusión que el director, de manera clara y convincente, presenta a lo largo de todo el metraje, donde se llega a cuestionar la ética de estas prácticas y los principios morales. Ya que no siempre es buena idea creernos que poseemos el don de la creación en nuestras manos.

Además de contener la alternativa moral de si se puede jugar con la muerte, por la historia sobrevuela la eterna pregunta de quién será la primera persona que pueda hacer reversible ese trance final del ser humano.

